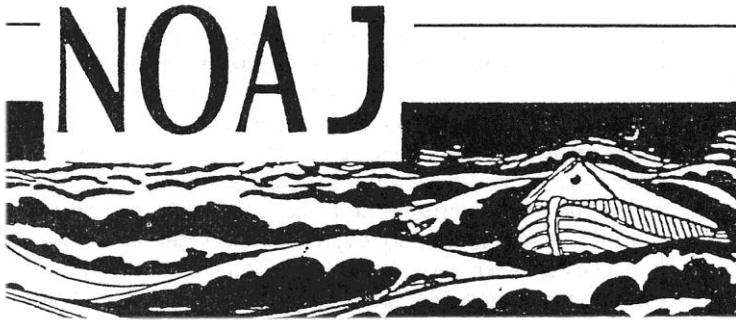




Año II, N°. 2, julio de 1988

Brailovsky, Antonio Elio. "El exilio interior". pp. 85-86

El exilio interior

Hace muchos años, un pastor de ovejas llamado Abraham cruzó el río y se estableció en la tierra de Canaan. Poco después, sus vecinos comenzaron a llamarlo *ivri* para recordar que no era oriundo del lugar, sino que había venido del otro lado del río. Así, fue su extranjería la que dio nombre a este pueblo que sería tan numeroso como las estrellas o los granos de arena del desierto.

Dispersados por todos los vientos, los judíos se dieron a la sueltiza de comparar exilios. Y de todos los exilios, el más insidioso es el exilio interior, ése en el cual creemos seguir en el mismo lugar cuando lo que nos rodea ha cambiado tanto que nos cuesta reconocerlo. Así, los judíos de Auschwitz tuvieron que realizar un enorme esfuerzo para percibir que, a pesar de todo, continuaban siendo seres humanos. Y los judíos argentinos sufrieron tal lavado de cerebro que les costó reconocer como nazi al régimen de terror bajo el cual vivieron.

Quiero transmitir algunas experiencias personajes de lo que significó escribir en ese contexto, y bajo esa forma de exilio. El terror significa borrar, olvidar lo que uno es o lo que uno conoce. En esas particulares condiciones, yo coordiné un taller literario en colaboración con Viviana Gorbato. ¿Cómo hace la gente para empezar a escribir bajo una dictadura?

Curiosamente, la mayor parte de nuestros alumnos escribían la misma historia, con muy pequeñas variantes. Un grupo de figuras amorfas avanza lentamente en la oscuridad, hacia una luz lejanísima.

— ¿Quiénes son? — preguntábamos — ¿Son hombres o mujeres?

— Sí. No, no sé. Pueden ser personas, pero también pueden ser entes — era la respuesta.

— ¿Están aquí, en la Argentina? ¿La situación transcurre ahora, en algún otro momento?

— Es lo mismo. Puede transcurrir en cualquier lugar, en cualquier época.

El terror había borrado la corporalidad, las nociones de tiempo y espacio. Quedaban sólo personajes abstractos, incorpóreos, fantasmas sin historia. El miedo a decir algo inconveniente guiaba la mente y el lápiz. Nuestra tarea era recordarles que los personales, al igual que las personas, tienen un cuerpo y un país, y es bueno que la literatura lo refleje. De la manera que sea, pero que lo haga.

Con esa gente organizamos una vez un acto de lectura pública de cuentos. En la presentación, hablé de la importancia de la literatura oral y se me ocurrió citar un párrafo de **Fahrenheit 451**, de Ray Bradbury, en el que se describe una sociedad en la cual la lectura está prohibida y los pocos que leen debe aprenderse los libros de memoria para recitárselos unos a otros: “Y cuando la guerra haya terminado, algún día, los libros podrán ser escritos de nuevo. La gente será convocada una por una, para que recite lo que sabe y lo imprimiremos hasta que llegue otra Era de Oscuridad, en la que, quizás, debamos repetir toda la operación. Pero lo maravilloso del hombre es que nunca se desalienta lo suficiente para abandonar algo que debe hacer, porque sabe que es importan-

**Antonio
Elio
Brailovsky**

Escritor argentino. Obras:
“Identidad”, novela, 1980.
“Política ambiental de la generación del 80”, ensayo, 1981. “Historia de las crisis argentinas”, ensayo, 1982. “Libro de las desmesuras”, cuentos, 1984. “El asalto al cielo”, novela, 1985. “Tiempo de opresión”, novela, 1986. “Introducción al estudio de los recursos naturales”, libro de texto, 1987.
Tiene en prensa otro ensayo: “El negocio de envenenar”, acaba de terminar una novela: “Esta maldita lujuria”, y está escribiendo una “Historia ecológica de la Argentina” y un estudio sobre “La ecología en la Biblia”.

te y que merece la pena hacerlo”.

Cuando empecé a hablar, se produjo un silencio helado. Y cuando terminé de leer este clásico de la literatura norteamericana, había tanta tensión en la sala que un espectador se cayó de su silla.

La defensa frente al miedo fue el olvido. Me pasé meses buscando testimonios documentales sobre la Revolución Industrial para ambientar una novela. Necesitaba algo que me hablara de la vivencias humanas y sólo encontraba descripciones de telares. Finalmente, pude recordar que allí estaba, en mi propia biblioteca: la mejor descripción que nunca se hizo sobre la Revolución Industrial está en el primer tomo de **El Capital**, de Karl Marx.

Otra vez busqué durante semanas una publicación editada por **Pensamiento Crítico**, de La Habana. Estaba en el lugar más visible de mi biblioteca, pero yo pasaba delante de ella sin verla: ese libro no existe, no existió nunca.

Una amiga, antropóloga brillante, se enferma. En medio de la fiebre manotea un libro cualquiera y comienza a leerlo. Había agarrado por azar **Las Venas abiertas de América Latina**. Un par de páginas y le sube la fiebre. Mira su dormitorio con inquietud: ¿no habrá algún riesgo de leer **esto**, aquí?

Esta impronta del miedo y la violencia hizo que la gente dejara de leer. Quien visite la Argentina encontrará los trenes y subterráneos llenos de personas que leen en público. Novelas, cuentos, ensayos, periódicos, no importa qué. En los años oscuros de la dictadura, los pasajeros ser miraban a los ojos entre sí o miraban largamente el túnel. La lectura, aún la más inocente, pasó a ser una experiencia privada.

En épocas de dictadura, todos los hechos se politizan. Por esos tiempos, se disputó en Montevideo un importante partido de

fútbol. Antes de iniciarlo, las autoridades militares invitaron al público a entonar el Himno Nacional uruguayo, cosa que hicieron en perfecto orden hasta llegar a un verso que dice: **¡Tiranos, temblad!** Y aquí, en vez de continuar el canto, el estadio entero repitió interminablemente el mismo verso, **¡Tiranos, temblad!**, con furia y odio crecientes al comienzo y después de un tono de hilaridad tal que la autoridad se quedó sin respuesta.

Estas anécdotas marcan nuestra actitud vital durante el tiempo de la dictadura. Se trataba de lograr dos formas de supervivencia en medio del terror. Nuestra propia supervivencia física, pero también la del verbo, la de nuestras palabras. La literatura que escribí durante esa época tiene las marcas de ese exilio interior.

En la novela **Identidad**, un grupo de judíos perseguidos por la Inquisición decide huir a América y construir un reino en México. Hay cámaras de tortura similares a las que sabíamos que nos rodeaban, pero atribuidas a la Inquisición de Toledo. Y una conclusión difícil de digerir para mucha gente: el perseguido aprende a perseguir, el torturado aprende a torturar.

La novela **Tiempo de Opresión** describe los últimos años del dominio colonial español en el Río de la Plata. El imperio hace agua por todas partes y un hombre decide unirse a aquellos que van a combatir por la libertad en estas tierras del sur. Al final de la obra, el joven abogado Mariano Moreno advierte al lector: “**No hay señal más segura de la decadencia de un reino que la impunidad de los delitos**”, y es como si el tiempo hubiera transcurrido inútilmente.

